

EL CARDENAL VIRGILIO NOÈ

In memoriam

En la mañana del día 24 de julio del presente año, en el día del Señor, el cardenal de la santa Iglesia romana, Virgilio Noè, a los 89 años de edad, fue llamado por Cristo resucitado a participar para siempre del reposo de Dios. No sé si en este momento, pero sin duda en otros de su vida, habría meditado y gustado la plegaria de la liturgia ambrosiana: *«Tu iussisti nasci me Domine, repromisisti ut resurgerem; iussione tua venio, sanctissime; ne derelinquas me, quia pius es!»*. En cualquier caso, su traspaso quedaba sellado con las palabras de su lema episcopal: *«Deus meus, misericordia mea»*.

Como siempre sucede cuando muere una persona con la cual hemos tenido especial relación, o que ha tenido especial incidencia en la historia, también en este caso los recuerdos se agolpan en la mente, y gustaría discernir lo más importante en el perfil de la persona, superando lo que podrían ser puras anécdotas.

En el caso del cardenal Noè, creo que lo segundo es bastante fácil. Como han destacado las noticias de agencia en el momento de su fallecimiento, su nombre y actuación están vinculados directa y constantemente a la reforma litúrgica del Vaticano II, y más concretamente a la persona de Pablo VI como impulsor y ejecutor de la misma.

Sus primeros años de ministerio presbiteral (1944-1948) fueron los habituales de un joven sacerdote de su diócesis, Pavía, en cuyo seminario había recibido la formación teológica y espiritual. No pocas veces, en conversaciones privadas, se refería a estos años de seminario, y a las exigencias ascéticas y espirituales que confor-

maban la formación pastoral. Lo hacía con gratitud y respeto. Su autodomínio ascético, su exigencia en el trabajo para sí y para los demás, eran seguramente la consecuencia de esta formación.

El cardenal Noè conservó en toda su vida el espíritu «ambrosiano» de sus orígenes y el gusto por la historia de la Iglesia marcó sus estudios en la Universidad Gregoriana de Roma (1948-1952), donde se doctoró en esta materia, trabajando el tema: *La política religiosa de los reyes longobardos*. De regreso a Pavía, fue profesor de historia de la Iglesia y del arte cristiano en su Seminario, además de otras actividades pastorales, y de la presidencia de la Comisión Litúrgica Diocesana. En aquellos años, después de la Encíclica *Mediator Dei*, de Pío XII (1947), las comisiones litúrgicas diocesanas habían entrado en la oficialidad, y empezaban a organizar las celebraciones en la línea de lo que la preparación del Concilio Vaticano II auguraba.

Desde el año 1964, justo después de la promulgación de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 1963), la dedicación principal de monseñor Noè fue la aplicación de este documento conciliar. En una primera etapa (1964-1969), fue invitado por el CAL (*Centro di Azione Litúrgica*) a colaborar en este organismo, de gran dinamismo en la pastoral litúrgica de Italia, y que gozaba de la confianza del episcopado italiano. El cardenal Noè conservó durante toda su vida un particular afecto y atención hacia el CAL, especialmente hacia el que fue su extraordinario animador, el P. Mazzaello, sch.p. Durante este período, fue también profesor de historia del arte del Pontificio Instituto Litúrgico de San Anselmo. Este Instituto le confirió años después, ya cardenal, el Doctorado *honoris causa* en sagrada liturgia.

En una segunda etapa, (1969-1975), le hallamos como subsecretario de la Congregación para el culto divino, creada como tal por Pablo VI para continuar y completar la obra del *Consilium ad exsequendam Constitutionem de Sacra Liturgia*. Al inicio de esta segunda etapa, Pablo VI le nombró maestro de las ceremonias pontificias. Este encargo ha sido el que de una forma más visible ha definido la personalidad e influencia del cardenal Noè en la vida litúrgica de la Iglesia. La responsabilidad de las celebraciones pontificias

constituyó para él una oportunidad, bien aprovechada, para introducir en el corazón mismo de la liturgia romana el espíritu y la letra de la renovación litúrgica. Noè definió un «estilo» en las celebraciones papales: grandes festividades, canonizaciones, jubileos, inauguración del ministerio petrino o «insediamento» (desde Pablo VI no se habló más de «coronación») de los nuevos sucesores de Pedro: Juan Pablo I, Juan Pablo II. E, igualmente, las exequias de los papas Pablo VI y Juan Pablo I. La veneración hacia Pablo VI fue una de las entrañables características personales del cardenal Noè. Era significativo que, sólo entrar en su apartamento, el visitante encontraba una gran fotografía de los dos –Pablo VI y su maestro de ceremonias– en el momento de cruzar el umbral de la puerta santa de la basílica de San Pedro del Vaticano, en el jubileo del 1975.

El oficio de maestro de ceremonias, más mediático, no debe oscurecer la otra gran tarea que Noè realizó durante los años difíciles de la Congregación para el Culto Divino, en los cuales el proceso mismo de la reforma litúrgica parecía en peligro. En efecto, esta Congregación, nacida en 1969, fue reducida a sección II de una nueva Congregación titulada: *Congregatio pro Sacramentis Divinoque Cultu*, el día 11 de julio del año 1975, y el que fuera su secretario, monseñor Bugnini, retirado del cargo y enviado como nuncio apostólico en Irán. Noè quedaba como subsecretario superviviente para la nueva sección, con algunos pocos oficiales, para atender a las cuestiones de trámite. Durante estos años, la constancia de Noè mantuvo el aliento de la aplicación de la reforma litúrgica, mientras arreciaban las críticas y las difamaciones, y surgía con fuerza la postura de monseñor Lefebvre como ataque frontal al Concilio Vaticano II, empezando por la reforma litúrgica.

Esta constancia se vio compensada en 1982, en el pontificado de Juan Pablo II. Monseñor Noè era relevado del oficio de maestro de ceremonias, ordenado obispo con el título de arzobispo titular de Voncaria, y nombrado secretario de la Congregación. Era una recuperación parcial de la Congregación para el Culto Divino, que fue confirmada con una nueva intervención de Juan Pablo II, en el año 1984. Las dos Congregaciones de alguna forma fusionadas en

1975–Sacramentos y Culto Divino– volvían a ser Congregaciones independientes, aunque provisionalmente, hasta la Constitución *Pastor bonus* (1989), compartieron el prefecto. Esto supuso para todos los que habían trabajado en la reforma litúrgica un respiro y un nuevo impulso. Pienso en el querido monseñor Martimort, en el Padre Gy, o.p., en el P. Franquesa, o.s.b., y tantos otros. El contacto con éstos y otros expertos conciliares fue permanente en el trabajo de monseñor Noè, y las llamadas telefónicas eran frecuentes, sobre todo en momentos de crisis como la del obispo Lefebvre. Nadie podrá decir que era un trabajador aislado en la curia romana: las Iglesias locales, los institutos de liturgia (presidió el año 1986 la inauguración del Instituto de Barcelona), y todos los liturgistas encontraron siempre en él un interlocutor atento y respetuoso. Baste recordar la importancia que daba a las relaciones quinquenales enviadas a la Congregación en vistas a las visitas *ad limina*.

La primera gran iniciativa de este período fue el Congreso internacional de las comisiones litúrgicas episcopales, en Roma, en el octubre del 1984. El tema era precisamente tomar el pulso a la aplicación de *Sacrosanctum Concilium* en la Iglesia, y el Congreso pudo ser considerado como el primer momento del Sínodo extraordinario de los obispos, reunido en 1985 por Juan Pablo II, para celebrar el vigésimo aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II.

Finalmente, con la Constitución *Pastor bonus*, en el año 1989, la situación quedaba definida de esta manera: existía una Congregación que tenía como título *Congregatio pro Cultu Divino et Disciplina Sacramentorum* –nótese el orden de los términos-, con un prefecto, un secretario, y, provisionalmente, dos subsecretarios. En junio del mismo año, monseñor Noè era creado Cardenal y pasaba a ser cardenal arcipreste de la basílica Vaticana.

La última etapa del itinerario del cardenal Noè está marcada por su dedicación a la basílica de San Pedro, en la cual reunió tres títulos: Arcipreste de la basílica, vicario del Papa para la Ciudad del Vaticano, y responsable de la fábrica de San Pedro. No creo revelar ningún secreto si afirmo que este encargo llenó de satisfacción pastoral y espiritual al cardenal Noè, tanto o más que los anteriores. Su celo por la verdad y la belleza de las celebraciones,

su sentido pastoral en la atención a los fieles y especialmente a los trabajadores del Vaticano, su exquisito gusto artístico, hicieron que, durante su ejercicio, la basílica Vaticana fuera un lugar modélico en todos los aspectos. Es bello recordarle ahora oficiando en la basílica o cerrando la procesión del capítulo de canónigos hacia el ábside de San Pedro, para el canto de Vísperas... A él se debe la cuidadosa reparación de la fachada de la Basílica, en la preparación del gran jubileo del 2000.

Quizá era difícil adivinar todo este trabajo cuando se le veía, en los últimos años, caminando con tanta dificultad y hablando con voz más baja de lo habitual. Pero el espíritu continuaba siendo el mismo, atento a las situaciones y a las personas, preocupado por las extrapolaciones de las decisiones pontificias, conservando los rasgos de humor y de ironía que seguramente pocos de los que le trataron conocían.

Los años pasados junto al cardenal Noè, trabajando en la Congregación como subsecretario (1987-1989), son una de las experiencias más gratificantes de mi vida ministerial, y creo que debo dar gracias a Dios por ello, así como por el ejemplo de trabajo competente, de amistad sincera, de sentido de Iglesia, de *finezza* en el trato, que de él he recibido hasta el final.

No he querido hacer aquí una biografía completa del cardenal Noè, ni tan solo una semblanza pormenorizada. He intentado expresar algunos aspectos, sabiendo que dejo atrás otros muchos. La intención que me ha guiado ha sido la de subrayar y honrar la personalidad de un gran servidor de la Iglesia, que ha vivido de forma coherente con sus principios, profundamente eclesiales. «Para que no olvidemos...», decía el beato Juan Pablo II.

Algo del elogio que el Sirácida dedica a David puede perfectamente ser aplicado al cardenal Virgilio Noè: «Amó a Dios, su Creador..., confirió esplendor a las celebraciones..., mandó alabar el Nombre santo del Señor y que el Santuario resonase desde el amanecer» (Sir 47, 10. 12).

Pere TENA
Obispo, auxiliar emérito de Barcelona
fundador de la revista «Phase»